



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN HUMANA
ETAPA III

LA CODICIA

ORACIÓN

Mt. 23, 25-36

1.- La necesidad y el deseo.

La necesidad es la falta de algo necesario o muy importante para nuestra vida. En general la necesidad es limitada.

Todos necesitamos comer y beber. En el caso de que no podamos satisfacer estas necesidades, aparecen el hambre y la inanición. En cambio, si tenemos suficiente alimento y bebida, la necesidad queda satisfecha. Nuestras necesidades alimentarias, pues, a pesar de ser persistentes en el tiempo, son limitadas. El deseo es la tendencia a la posesión de un objeto, o al cumplimiento de un hecho, que se manifiesta de modo consciente en la persona. La experiencia nos muestra que el deseo, a diferencia de la necesidad, es insaciable.

Las personas somos un entramado de necesidades y deseos, y no siempre conseguimos la difícil tarea de auto regularnos de forma inteligente y satisfactoria. A menudo la satisfacción de una necesidad puede no quedarse en lo que es necesario y mezclarse con un deseo, cosa que desembocará en un exceso. Así, por ejemplo, es muy posible que un menú sencillo se ajuste bien a nuestras necesidades y, contrariamente, un buffet libre dispare los deseos ante las grandes oportunidades de distintas viandas, sin límite establecido en la cantidad de la que podemos disponer en el plato.

2.- La auto-regulación del deseo

Hay formas austeras de cubrir las mismas necesidades si sabemos auto-regular nuestro deseo. Eso no pasa siempre.

Reflexionemos en aspectos cotidianos. ¿Cuánta ropa “necesitamos” para vestirnos de modo razonable? ¿Cuánta tenemos en el armario? ¿Cuántas gafas de sol, calculadoras, teléfonos, bolsos, televisores, radios, productos de perfumería e higiene personal tenemos en casa? ¿Cuántos realmente necesitamos? La satisfacción insaciable del deseo conduce a la acumulación. Los armarios de muchos están llenos a reventar... Todas estas mercancías, ¿Son fruto de la necesidad o tributos idolátricos en el altar del deseo? El deseo, sin duda, es una de las motivaciones de la conducta humana y, trabajado de modo conveniente, implica impulso y superación. Sin embargo, convertido en voz tiránica es causa de profundas insatisfacciones. Por eso la frustración del deseo desemboca en la infelicidad y en la amargura. Los clásicos lo sabían muy bien como nos lo resume el estoico filósofo Epicteto: *si quieres hacer rico a Pitocles, no le aumentes su riqueza, disminúyete sus deseos*. A todo esto hay que añadir que la búsqueda excesiva de satisfacer el deseo se fundamenta en una injusticia. La acumulación de unos es posible gracias a las carencias de los otros.

3.- Deseo, mercado y publicidad

En la actualidad una de las dificultades de auto-regular el deseo proviene de las leyes del mercado y de la publicidad omnipresente. Cuesta desentenderse y no ir a su ritmo. Cubrir las necesidades de las personas es un negocio lucrativo, pero

satisfacer los deseos todavía lo es más. Y la publicidad para estimular las ventas incide limpiamente en el ámbito del deseo a base de todo tipo de identificaciones. Si alguien conduce un coche o una moto de gran cilindrada imagina que es más que

los demás, ignorando que así se reduce a un mero objeto, hasta el punto de que el propietario queda poseído por la cosa

poseída. Cediendo al deseo estimulado por la publicidad dejamos de ser dueños de nosotros mismos para ser esclavos de nuestras pertenencias. ¿El deseo que experimento procede de mi interior o responde a un imperativo exterior de relevancia social, de no ser menos que los demás o de la promesa de una felicidad envasada?

Parece que la distorsión de nuestro deseo y su manipulación por las leyes del mercado nos alejan de ser personas y bloquean nuestra capacidad de solidaridad social. El deseo se disfraza de falsa necesidad y así se eterniza el infantilismo y no se madura humanamente. Debemos preguntarnos constantemente cómo podemos vivir las necesidades y los deseos en un ámbito liberal y de madurez personal.

4.- La codicia como un deseo de las cosas

Tenemos que poseer cosas y disponer de dinero para vivir. Por tanto es natural que deseemos tenerlo para atender adecuadamente a nuestras necesidades: vestidos, casa, alimentos... Pero la codicia distorsiona el deseo y lo hace excesivo,

vehemente y desmesurado. Se manifiesta como codicia compulsiva de poseer. ¿Tenemos que poseer, por ejemplo, todos los aparatos tecnológicos de última generación sin los cuales nos parece que la vida es imposible? El resultado de la

codicia es la acumulación de bienes hasta límites insospechados, de los que nunca tenemos bastante. Los antiguos monjes

reconocían que la codicia era una pasión altamente destructiva y la definían como “amor a las riquezas”.

Como que la codicia se define en el campo del deseo, resulta insaciable: *el mar nunca se llena completamente a pesar de la gran masa de agua de los ríos; del mismo modo el deseo de riqueza del avaro (o del codicioso) nunca se sacia.*” Las cosas llegan a ser un ternero de oro que adoramos sin darnos cuenta de que, por más que tengamos, nunca llegaremos a llenar nuestro vacío interior.

5.- La codicia y la crisis económica

La acumulación de bienes producto de la codicia, conlleva a la insolidaridad y al enriquecimiento fácil de algunos. La crisis económica actual es, en gran parte, el resultado de la especulación de unos cuantos para ganar cantidades ingentes de dinero. El resultado está siendo desastroso: familias enteras empujadas a la pobreza y a la miseria. Menos del 20% de la humanidad consume más del 80% de los recursos. La codicia es, a demás, epidémica. No ataca únicamente al corazón de

los ricos sino al de cada persona, ya desde muy pequeños. Sólo cabe contemplar el habitual espectáculo de las familias con sus hijos en las tiendas y grandes almacenes con la aparente alegría de salir con las manos llenas de bolsas. Desear cosas, comprarlas de marca, sustituirlas por las más modernas, acumularlas de cualquier manera es la consecuencia habitual que busca un estilo de vida sin sentido, lejos de la moderación y de la austeridad. Mn. Josep Maria Ballarín, retrató de forma magistral este tipo de conducta en su libro: *Ay Francisco, si vas a los valles de Andorra.*

6.- Los rostros de la codician

La codicia no se reduce a un afán de poseer dinero y objetos. Presenta otras formas sutiles que se escapan de nuestra observación y que son muy autodestructivas. Por ejemplo: la apropiación desmedida del tiempo. A menudo se dice que “el tiempo es oro”. ¿Nos hemos preguntado alguna vez cuál es nuestra relación con el tiempo? ¿Cuántos padres prefieren dar dinero a sus hijos, comprarles objetos para que jueguen sin molestar y así evitar dedicarles tiempo? ¿Quién no recuerda aquella anécdota del hijo pequeño que le pide a su padre cuánto cobra por hora de trabajo y, una vez sabida la respuesta, va a su habitación y aparece con la mitad del dinero comentado y le dice a su padre “te compro media hora para hablar contigo”? Sí, otro rostro, a menudo inadvertido, muestra la incapacidad de compartir y de dar no sólo cosas, sino tiempo y afecto.

7.- Caminos de superación

El antídoto más eficiente contra la codicia y los excesos de la propia capacidad de desear consiste en tener una vida interior profunda. Hay que discernir si el deseo procede realmente de mi interior o responde a un imperativo exterior estimulado por la publicidad o por una extraña voluntad de relevancia social. Hay que analizar, entrando dentro de nosotros mismos, cómo afrontamos nuestro vacío existencial. Si lo afrontamos creativamente nos resultará más fácil regular el deseo. Si no lo afrontamos, por ejemplo, con el gusto por el silencio y la soledad, con la conversación amable, con la lectura o el paseo lento o a base de dedicarnos tiempo, es posible que intentemos llenar nuestro vacío con mucha acción o a base de cargarnos de trastos. Así nos dispensamos de pensar y de sentir, y nos distraemos de la vida como si se tratase de un juego permanente de *play station*. En el vacío existencial de nuestra vida, común en todos los humanos, también hay un anhelo que nos llama a las cimas más altas y nos abre hacia horizontes de trascendencia. Profundizar esta llamada y este anhelo, *–paz, justicia y alegría que vienen del espíritu santo, como diría San Pablo–* constituye, sin duda, un buen camino para regular el deseo y dominar la codicia. El primer paso podría ser tomar consciencia de nuestra realidad. Quizás solo hay que hacer una lista de cosas, ver si las utilizamos, analizar la relación que tenemos con ellas... y quizás, poco a poco, otros pasos irán surgiendo hasta que descubriremos que un estilo de vida austero y una actitud generosa están más cerca de la felicidad de lo que nunca habríamos osado soñar.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Qué relación tengo con las cosas y con el tiempo? ¿Resulta sana o autodestructiva?
- 2.- ¿Observo en mí una tendencia a la acumulación, al lujo, a la retención? ¿Cómo lo detecto?
- 3.- ¿Sé distinguir entre necesidades y deseos? ¿Mis deseos implican estímulo y superación o me esclavizan?
- 4.- ¿Qué caminos de superación tengo que recorrer para ser austero y generoso, compartiendo especialmente lo que tengo
–tiempo o dinero– con las personas más necesitadas?

Citas bíblicas

–Pr 11,6: *La justicia libera a los hombres rectos, pero la codicia aprisiona a los*

traidores

–**Mt 23,25:** *“¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que limpiáis por fuera el vaso y el plato, pero por dentro estáis llenos de lo que habéis obtenido con el robo y la avaricia*

–**Sl 55,10-11:** *Hay en ella maldad e intrigas; hay en ella corrupción; sus calles están llenas de violencia y engaño.*

–**2 Ma 4,50:** *Menelao, gracias a la codicia de los poderosos, permaneció en su cargo; y fue de mal en peor, llegando a ser el mayor enemigo de sus conciudadanos.*

–**Rm 1,29:** *Están llenos de toda clase de injusticia, perversidad, avaricia y maldad. Son envidiosos, asesinos, pendencieros, engañadores, perversos y chismosos.*

–**2 Pe 2,14:** *Seducen a las almas débiles; son expertos en la avaricia; son dignos de maldición*

–**Lc 19,8:** *voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes; y si he robado algo a alguien, le devolveré cuatro veces más.*

–**Mt 6,24:** *Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero.*

Bibliografía

–C. JAMISON. El don de la felicidad. Barcelona: Ediciones B. S.A. (2009).

–J. MO SUNG. Deseo, mercado y religión. Santander. Sal Terrae (1999).

–F. CABANA. La cultura de la codicia: las claves de la crisis económica en Catalunya. Barcelona. Pòrtic (2009).

Barcelona, Febrero de 2011